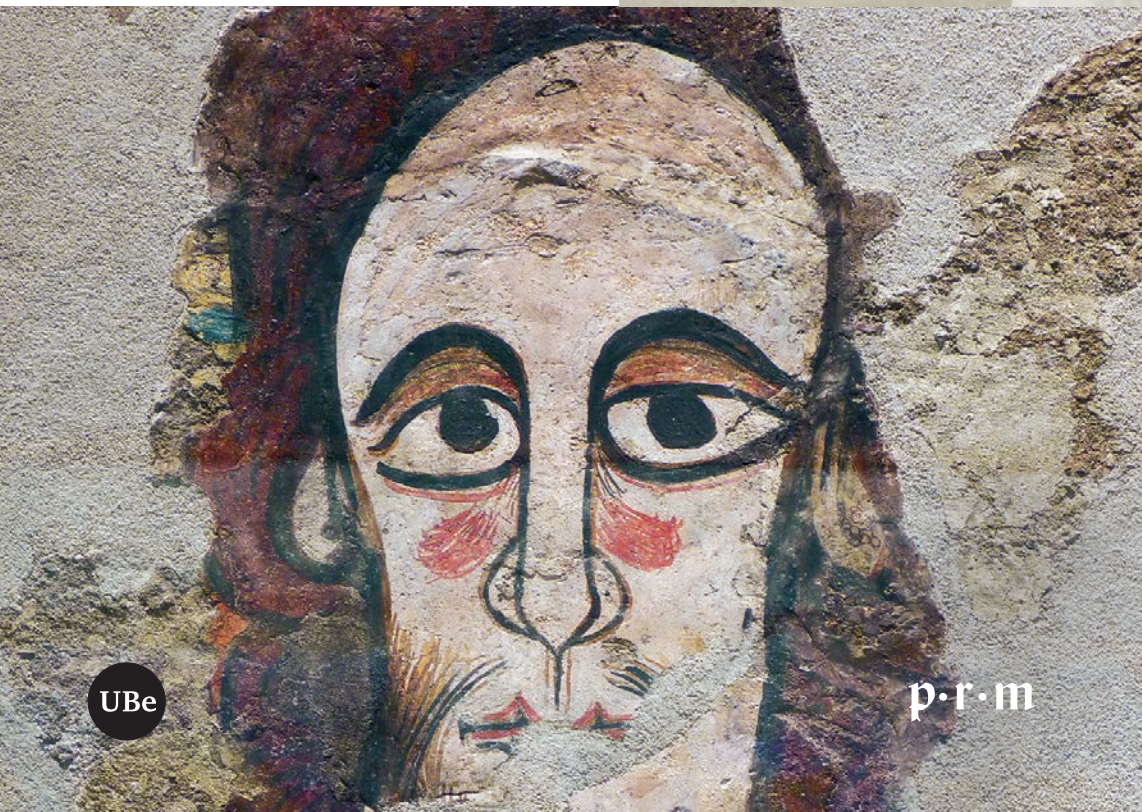




Las pinturas murales de San Juan Bautista de Ruesta

Alicia Brosa Lahoz



UBe

p·r·m

Índice

Presentación de la colección	9
Introducción	13
Ruesta y su historia	19
Ruesta en la Edad Media	19
Ruesta medieval	19
La fundación de San Juan Bautista de Ruesta	22
Ruesta en el siglo xx.	28
La despoblación y el abandono de la localidad	28
La iglesia de San Juan Bautista en el siglo xx	30
Descubrimiento y arranque de las pinturas murales	30
Musealización de las pinturas murales	37
Intervención en las pinturas murales	48
El irremisible deterioro del templo.	51
El futuro de Ruesta	55
Propuestas de <i>rehabilitación</i>	55
El futuro de San Juan Bautista de Ruesta	57
Ruesta y su arte	61
Arquitectura.	61
San Juan Bautista de Ruesta.	61
Las iglesias de Ruesta	63
La decoración pictórica de San Juan Bautista de Ruesta	65
Descripción y análisis de las pinturas murales	68
El Cristo en majestad	68
Los ángeles con los cuatro vivientes.	76
Los serafines	91
La Crucifixión	95
La ventana abocinada y el crismón	99

El apostolado	106
Los príncipes de los apóstoles	113
El enigmático Cristo subyacente.	115
La decoración vegetal y animal	119
Las inscripciones	125
El taller de Ruesta y su técnica	128
El anónimo taller de Ruesta	128
La paleta cromática.	130
El dibujo y la concepción espacial	134
La búsqueda del naturalismo	135
Otras obras atribuidas al taller de Ruesta	136
Los manuscritos de la Gran Selva	139
Mapa de conjuntos relacionados	141
Fortuna crítica de las pinturas murales	143
Bibliografía	147

Presentación de la colección

Una frontera es, por definición, un límite físico o imaginario que separa, que divide, dos realidades distintas, sean de carácter político, estatal, religioso, o de otro orden. El concepto de frontera, precisamente por su riqueza de significados posibles a lo largo de la historia, ha sido un tema de interés reciente, según atestigua la ingente bibliografía generada al respecto. Hasta finales del siglo xv, no obstante, los límites o confines eran mucho más fluidos y nebulosos de lo que fueron a partir de entonces y, de manera particular, desde la creación de los estados modernos. El *limes* romano y la marca o el *Tagr* en el mundo carolingio o islámico, respectivamente, suponían, más allá de una línea de separación de dos realidades, verdaderos espacios fronterizos (*borderlands*). Sin duda alguna, accidentes geográficos como una cadena montañosa, un caudaloso río o incluso un mar son, en apariencia, elementos de separación. Ahora bien, las montañas se cruzan por pasos, a veces intrincados pero frecuentados; los ríos son navegables y transportan personas y mercancías; por no hablar del mar, que, como en el caso del Mediterráneo, es un memorable espacio de relaciones y contactos que explican el nacimiento de nuestra civilización.

Es en este sentido, es decir, entendiendo los espacios de frontera en cuanto que lugares de encuentro, de relación, de intercambio nutriente, como desde Ars Picta, en los últimos años, contemplamos los Pirineos. Nuestra intención era y es demostrar que en los siglos xi y xii, a los que nos circunscribimos, los valles y pueblos situados en sus dos vertientes participan de una cultura artística común, com-

partida y enriquecedora, que se nutre de aportaciones de procedencia diversas, pero que se transforma y adquiere una personalidad propia, particular, en ese espacio convertido, en definitiva, en un crisol o *melting pot*.

La iniciativa de esta colección parte del grupo de investigación Ars Picta, adscrito al Institut de Recerca en Cultures Medievales (IRCVM) de la Universitat de Barcelona, y es una coedición de Ars Picta y el Servei de Publicacions de la misma universidad. Forman parte del comité científico de la colección: Xavier Barral i Altet (Université de Rennes y Università Ca'Foscari de Venecia), Quitterie Cazes (Université Toulouse – Jean Jaurès), Emmanuel Garland (Société Archéologique du Midi de la France), Francesca Español (Universitat de Barcelona), Javier Martínez de Aguirre (Universidad Complutense de Madrid), Marta Sancho (Universitat de Barcelona) y David Simon (Colby College, EE. UU.).

El título escogido para la colección de publicaciones monográficas que presentamos reúne los dos aspectos que nos interesa analizar: el espacial y el temporal. Hemos utilizado la licencia del término «románico» para sugerir una cronología (los siglos XI y XII), pero también para comprender los estudios sobre el arte que esta palabra, por convención, evoca. Sin embargo, nuestra intención es que los contenidos de las diversas monografías incluyan estudios sobre materias diversas: historia, arqueología, filología, antropología..., pues es desde la aproximación transversal, y solo a través de ella, como conseguiremos abarcar una realidad compleja.

Los contenidos previstos, al margen de la disciplina en la que se encuadre cada uno de los volúmenes, tendrán carácter de alta divulgación a partir de temas monográficos e incluirán aparato crítico suficiente. Nuestro propósito es colaborar en la protección y divulgación del patrimonio, una de las funciones esenciales de la investigación básica que se realiza desde los centros de estudio. Por ello, en cada número se buscará la complicidad de las entidades que tienen bajo su custodia, en su caso, los conjuntos u obras objeto de análisis.

En el presente volumen, el primero de la colección, presentamos un estudio monográfico dedicado a un relevante conjunto en el panorama de la pintura mural románica pirenaica: los frescos procedentes de la iglesia de San Juan Bautista de Ruesta (Urriés, Zaragoza), en la comarca de la Jacetania. Pese a su interés, nunca se había abordado hasta ahora un análisis en el contexto arquitectónico e histórico-artístico. Su autora, Alicia Brosa Lahoz, licenciada en Historia del Arte por la Universitat de Barcelona, ha trabajado bajo nuestra dirección en su investigación. Para su publicación, hemos contado con la generosa e inestimable colaboración de la Diputación Provincial de Zaragoza, del Ayuntamiento de Urriés, del Obispado de Jaca, del Museo Diocesano de Jaca y de la Asociación Sancho Ramírez, entre otras instituciones. Aprovechamos estas líneas para mostrarles nuestro más sincero agradecimiento a todas ellas.

MILAGROS GUARDIA (directora)

JUAN ANTONIO OLAÑETA (coordinador)

Introducción

Trátase de un ábside completo de pintura mural románica de extraordinaria pureza y antigüedad perteneciente a la iglesia de San Juan de Ruesta, que según los entendidos puede ocupar perfectamente el tercer lugar en importancia de cuantos se conocen en España.

M. GONZÁLEZ CHICOT (5-9-1964)

Con estas elogiosas palabras se refería el redactor del periódico *El Pirineo Aragonés*, el 5 de septiembre de 1964, a las pinturas murales románicas recientemente descubiertas en la iglesia de San Juan Bautista de Ruesta, las cuales se convirtieron en el principal reclamo durante la inauguración del nuevo Museo Diocesano de Jaca (en adelante, MdJ).

Partiendo de esta referencia y de la importancia que ya entonces se otorgó a este espléndido conjunto de frescos, la publicación que el lector tiene entre las manos se sumerge en el estudio de esta decoración pictórica, considerada uno de los hitos de la plástica románica aragonesa, con el objetivo de poner en valor su importancia y conocer mejor cuándo y en qué contexto fue realizada, quién o quiénes fueron sus artífices y por qué se escogieron unas imágenes y formas ornamentales tan propias y singulares.

Para abordar el análisis de estas pinturas murales viajaremos, en primer lugar, a los siglos centrales del medioevo y nos moveremos geográficamente en la franja pirenaica situada entre los territorios actuales de Aragón, Cataluña y el sur de Francia. Examinaremos el contexto histórico-artístico que posibilitó el nacimiento del pueblo de Ruesta —y, con él, el de la iglesia de San Juan Bautista— al am-

paro del Camino de Santiago, una nutricia senda de comunicación por la que fluyeron gentes de diversa procedencia y condición, quienes trajeron consigo no solo conocimientos de tierras lejanas, sino también objetos y materiales que, sin duda, influirían en el devenir de la aldea.

Situado a los pies de un castillo de frontera arrebatado al caudillo musulmán Al-Tawil, desde su nacimiento en el siglo x como centro de aprovisionamiento, protección y resguardo de los peregrinos que hacían su camino a Compostela, Ruesta fue un influente centro comercial, pero también religioso y asistencial. Con el tiempo, llegó a convertirse en un enclave estratégico para los reyes aragoneses, quienes promocionaron su crecimiento y establecieron lazos y relaciones con otros pueblos de la zona pirenaica, tanto hispánicos como francos; intercambios que traerían consigo la construcción de notables edificios civiles y eclesiásticos.

En las políticas de repoblación llevadas a cabo durante los siglos xi y xii por los monarcas navarro-aragoneses, jugaron un papel preeminente las órdenes religiosas que, con sus monasterios y pequeñas iglesias, fueron dinamizando la actividad agrícola de la zona al atraer a su alrededor comunidades de laicos que suplían con su trabajo las necesidades de abadías y parroquias. Por tal motivo será interesante estudiar la procedencia de estos monjes, principalmente de origen aquitano y borgoñón, para poder entender la evolución posterior de las iglesias y los monasterios que surgieron bajo su protección en los territorios aragoneses. El caso de la iglesia de San Juan Bautista es emblemático de esta paulatina ocupación territorial con nexos de interrelación transfronterizos.

En el contexto religioso, la historia de Ruesta —a la que está indisolublemente unida la de la iglesia de San Juan Bautista—, por un lado, se vincula al influente y poderoso monasterio de Cluny y su red de influencias; por otro, las crónicas de la época mencionan la relación de Ruesta con la abadía de la Gran Selva (la Sauve-Majeure), de la que pasó a depender, junto con los otros dos prioratos que el

cenobio aquitano poseía en territorio hispánico. Veremos cómo este doble foco de penetración en el ámbito religioso, procedente de la actual Francia, dejará una huella indeleble en el entorno ruestense, tanto en las prácticas litúrgicas como en la organización cenobítica y en los usos artísticos de la zona.

Desafortunadamente, el dinamismo de este activo pueblo de la Jacetania fue decayendo con el paso de los siglos, hasta que, llegada la década de 1960, quedó abandonado como consecuencia de la inundación de las tierras cultivables de sus alrededores, derivada de la construcción del embalse de Yesa. Sus habitantes tuvieron que buscar un nuevo hogar lejos del pueblo que los había visto crecer, dejando las casas vacías y las calles tristemente desiertas. Desde su abandono, han sido numerosas las voces que se han levantado para reivindicar la que denominan «rehabilitación» de Ruesta, propuestas que han instado a las autoridades del Gobierno de Aragón a actuar antes de que el desastre y la ruina de este pueblo milenario sean irreversibles.

A ese mismo funesto destino se vio abocada la iglesia de San Juan Bautista, la cual cayó en un estado de ruina que llegó a amenazar su integridad. A la vista de su deplorable situación, podríamos pensar que el descubrimiento de las pinturas por Jesús Auricinea supuso la salvación, si no de su arquitectura, sí de parte de su decoración mural. Los frescos fueron arrancados de su lecho pétreo y trasladados a lienzo entre el verano de 1963 y la primavera de 1964, fecha en la que quedaron definitivamente instalados en el MdJ, donde se exponen desde entonces.

Después de este primer capítulo de contextualización histórico-artística, pasaremos a analizar la iglesia de San Juan Bautista, tanto su arquitectura como su pintura, y realizaremos un estudio pormenorizado de los frescos que decoraban el ábside. En este segundo bloque rastrearemos sus imágenes y las escenas representadas, así como las características estilísticas del anónimo taller de Ruesta, poniendo especial atención en la teoría de los pintores itinerantes, esto es, grupos o talleres de artistas que viajaban de una aldea a otra, allá donde

hubiera obras en construcción, al tiempo que ofrecían su bagaje artesanal, su pericia técnica y sus conocimientos, y dejaban un testimonio material de su arte en los muros de iglesias y capillas diseminadas por una amplia zona de actuación. Este análisis estilístico-iconográfico y el uso de materiales y técnicas semejantes nos permitirán establecer posibles influencias y paralelismos con otras obras de la región o de cronologías similares, ya en formato mural, ya en pinturas sobre tabla, manuscritos o piezas de orfebrería. Un mapa con la ubicación de estos conjuntos cerrará nuestro estudio.

La publicación de un libro nunca es una tarea fácil, aunque sí un reto apasionante. En su elaboración está implicado un grupo humano cuya coordinación y ayuda resultan esenciales para llevar a buen fin esta ardua pero gratificante empresa. Por este motivo, y, en primer lugar, nos gustaría agradecer el apoyo firme y constante de *Ars Picta*, el grupo de investigación de la Universitat de Barcelona dirigido por Milagros Guardia, especialista en pintura mural románica, quien, con su acertada dirección y sus hábiles indicaciones, supo desde el principio encauzar la investigación hacia un conjunto de frescos que, a pesar de su valía y significación, habían permanecido olvidados en los estudios de arte románico durante demasiado tiempo. De igual modo, los sabios consejos y la pulcritud del trabajo de Juan Antonio Olañeta, también profesor de la Universitat de Barcelona e integrante del equipo de *Ars Picta*, además de coordinador de la serie de monografías sobre Pirineos románicos que este volumen inaugura, fueron esenciales en la revisión y corrección del libro, así como para conseguir la financiación y la implicación en el proyecto de varias entidades culturales, entre las que cabe destacar el Museo Diocesano de Jaca, la Asociación Sancho Ramírez y el Ayuntamiento de Urriés, con su alcalde Armando Soria a la cabeza, quien con su entusiasmo e ilusión contribuyó a que este trabajo viera la luz.

Gracias a Belén Luque, directora del MdJ, por su inestimable colaboración, por sus acertados consejos y por su inmediata predisposición a ayudarnos en nuestro trabajo. Su interés por iluminar los

misterios que se esconden tras las pinturas de Ruesta la llevó a compartir con nosotros sus hipótesis, dudas y teorías, indicaciones que nos abrieron nuevos caminos hacia los que encauzar la investigación, al tiempo que incentivaron con ello nuestra fascinación hacia esas magníficas obras.

Remarcable y altamente gratificante fue también la ayuda que, de forma desinteresada, nos prestó Imma Socas, experta, entre otros, en temas de coleccionismo y mecenazgo de obras de arte. Sus ciertas sugerencias sobre los lugares donde podríamos recabar información, así como su profundo conocimiento de la familia Gudiol y sus allegados, nos permitieron trazar puentes y atar correspondencias en el complejo entramado histórico planteado.

Gracias a la experiencia técnica de Roser Piñol, de la Universitat de Barcelona y miembro de *Ars Picta*, pudimos analizar y entender el proceso de ejecución de los frescos ruestenses. Sus consejos en el ámbito de la restauración y sus expertas opiniones nos resultaron de gran utilidad a la hora de vislumbrar el procedimiento de trabajo que debió de seguir el taller de Ruesta.

De igual modo, queríamos agradecer a Jesús Lizalde, canónigo delegado diocesano del Patrimonio Cultural de Jaca, su autorización para poder consultar los archivos que la diócesis guarda sobre Ruesta y sus pinturas.

En Barcelona, Núria Peiris, Carmen Perrotta y Núria Armengol, del archivo y de la biblioteca del Institut Amatller d'Art Hispànic y del Arxiu Mas, así como Mireia Bo, del Arxiu Nacional de Catalunya, nos facilitaron también la búsqueda de documentación relativa a Ruesta, a su iglesia y a la exposición de sus pinturas en el palacio de la Virreina. Sin olvidar la gentileza de Antonio García Omedes, amante del arte románico, ni la desinteresada colaboración de María Pilar Poblador, de la Universidad de Zaragoza, y de la Fundación Santa María la Real del Patrimonio Histórico, al acceder a la cesión de algunas de las imágenes que ilustran este libro. Gracias a todos y a todas por su interés y por su tiempo.

Pero la publicación de un libro, además de la erudición, requiere de una buena dosis de amor por aquello que se está investigando. El arte y la maravillosa capacidad de creación del ser humano nunca dejarán de sorprendernos, más allá del tiempo, de las modas y de los avatares de la historia. El entusiasmo, la ilusión y la emoción por descubrir y desvelar misterios ocultos sumergidos en los profundos surcos del tiempo es el acicate que nos impulsa a seguir indagando y continuar adentrándonos en la senda del conocimiento, para luego compartir esos hallazgos con todo aquel que desee dejarse seducir por ellos.

Sin embargo, en ocasiones, las fuerzas desfallecen, las puertas parecen cerrarse y el cielo se enturbia con negras nubes; es entonces cuando la perseverancia y el aliento para continuar llegan de la mano de las personas que están a nuestro lado día a día, apoyándonos, velando nuestros pasos, acompañándonos en este viaje. Sin ellas, el camino sería muy difícil de recorrer. Así que mi último, que no el menos emotivo, agradecimiento se dirige a Makosé y a Montsita, y, sobre todo y muy especialmente, a mi familia, Jaume, Maite, Marta, Iván, Iris y Yaiza, sin los cuales este libro y esta aventura no habrían sido posibles.

Esperemos que la ayuda e implicación de todas estas personas haya quedado comprensiblemente plasmada en esta publicación, creada y pensada con la intención de divulgar el conocimiento y hacer extensible al público en general la peculiar historia de unos frescos desdichadamente olvidados. Si con su lectura conseguimos que alguien que no conocía estas pinturas las disfrute y sepa apreciar su calidad y su belleza, habremos cumplido nuestro principal objetivo, contribuyendo a revalorizar y a estimar en su justa medida el alcance y la significación real que tuvieron, y tienen, las pinturas murales románicas de San Juan Bautista de Ruesta.

Ruesta y su historia

El pueblo de Ruesta está situado en el norte de la provincia de Zaragoza, a la que pertenece, en la margen izquierda del río Aragón y de su afluente el Regal, a orillas del embalse de Yesa, y a unos cincuenta kilómetros de Jaca.¹ Ubicado en el municipio de Urriés, en la comarca de la Jacetania, actualmente fronteriza con la Comunidad Foral de Navarra, Ruesta fue, desde épocas muy tempranas, uno de los núcleos fundamentales del poder real en esta región del Alto Aragón y el camino natural que comunicaba Jaca con Pamplona.

RUESTA EN LA EDAD MEDIA

Ruesta medieval

Según la documentación conservada, el pueblo de Ruesta aparece citado por primera vez en 1054 con motivo de unas paces firmadas entre Ramiro I de Aragón (1006-1063) y Sancho IV el de Peñalén (1039-1076) (Alcolea, 1964: 69). Sin embargo, podemos remontar su historia al siglo x, pues sabemos que la aldea se formó al abrigo de un castillo de frontera arrebatado a Al-Tawil († 913) por Sancho Garcés I (860-925) en el año 911, en una plataforma recortada sobre

¹ Sus coordenadas geográficas son las siguientes: latitud, 42° 35' 18.5" (42.5885°) N; longitud, 1° 4' 34.8" (1.0763°) O; altitud, 534 metros.

unos vados fluviales de los ríos Regal y Aragón, en un territorio prácticamente despoblado. De 1016 a 1018 la fortaleza fue reconstruida, y en 1054 el rey de Pamplona concedió el burgo de Ruesta al monarca de Aragón. Desde entonces, su ubicación estratégica como lugar de paso del Camino de Santiago llevó a un rápido crecimiento del pueblo.

Como es bien sabido, la Ruta Jacobea atravesaba los Pirineos por dos puertos: Roncesvalles, donde confluían las vías Turonense, Limosina y Podense; y Somport, por donde cruzaba la Vía Tolosana, que seguía la antigua calzada romana que partía desde Toulouse.² El río Aragón era la guía natural de los peregrinos en este tramo, aquellos que, tras descansar en el Hospital de Santa Cristina, pisaban suelo hispánico en Somport para dirigirse después a Canfranc y a la que fuera la primera capital del reino aragonés, Jaca. Siguiendo la canal de Berdún, defendida por las fortalezas de Samitier y Ruesta, podían optar por continuar por Astorito hasta Tiermas, al norte del río Aragón, o bien por Martes, Artieda y Ruesta, al sur de dicho río.

A partir de la segunda mitad del siglo XI, los monarcas navarro-aragoneses fomentaron una apertura hacia Europa que generó nuevas corrientes comerciales, culturales y artísticas en ambas direcciones. La privilegiada situación de Ruesta en el Camino de Santiago trajo consigo la llegada de peregrinos, un hecho que llevó a Sancho Ramírez a promover el asentamiento de nuevos pobladores en el burgo —muchos de ellos de origen franco—, quizá para convertirlo en un centro asistencial para los caminantes o en un enclave comercial aprovechando este flujo de gentes. Para ello se promulgó un fue-

2 «Son cuatro los caminos a Santiago que, en Puente la Reina, ya en tierras de España, se reúnen en uno solo. Va uno por Saint-Gilles, Montpellier, Toulouse y Somport; pasa otro por Sainte-Marie-Le Puy, Sainte-Foy de Conques y Saint-Pierre de Moissac; un tercero se dirige allí por Sainte-Madeleine de Vézelay, por Saint-Léonard de Limoges y por la ciudad de Périgueux; marcha el último por Saint-Martial de Tours, Saint-Hilaire de Poitiers, Saint-Jean d'Angély, Saint-Trophime de Saintes y Bordeaux» (Moralejo, Torres, Feo, 2004: 527).

ro, a partir del seminal de Jaca, por el que se otorgaba a los recién llegados diversas franquicias y privilegios.³

Por estas sendas fluyeron cientos de peregrinos procedentes de toda la cristiandad, mercaderes y artesanos, monjes y obispos, campesinos y nobles. Junto con esta amalgama de gentes de variada procedencia y condición social, viajaron también las ideas y los conocimientos y, con ellos, gran diversidad de objetos materiales, desde ricas piezas litúrgicas de orfebrería hasta retablos portátiles, tejidos, joyas y preciosos códices y manuscritos miniados, cuya circulación dejó su huella a uno y otro lado de los Pirineos.⁴

En opinión de Jean Passini (1988: 74), la estructura del pueblo de Ruesta se componía de cuatro conjuntos. El primero, bordeando el castillo, era un barrio cerrado, al que estaría adosado un distrito anexo, rectangular, de unos ciento ochenta por setenta metros. El tercero incluiría la iglesia y el segundo recinto, mientras que el cuarto, posterior a los anteriores, presentaba un contorno rectangular y debió de ser un burgo construido fuera de la zona fortificada. A su entender, el desarrollo del pueblo se produjo en períodos sucesivos, partiendo del castillo, sobre la punta del pueyo, hasta la total ocupación del monte, siendo, por tanto, el barrio alto anterior al bajo.

3 Las acciones de repoblación fueron dirigidas por el merino real, Lope de Botaya, que estableció un nuevo burgo en torno a la iglesia parroquial en 1079, lo cual reportó un aumento de las rentas reales, ya que el monarca obtenía un pago de tres sueldos anuales por cada casa poblada. Estos datos se desprenden de un documento fechado en 1093 por el que Sancho Ramírez hacía donación del burgo de San Pedro de Ruesta a una limosnería situada en Tiermas, junto al Camino Jacobeo (Lomax, 1986: 503).

4 Émile Mâle escribía en 1922: «El Camino de Santiago fue para España la ruta de la civilización. Fue por aquí por donde llegaba lo más refinado que se producía en Francia: la poesía, el Arte, la orfebrería, los esmaltes de Limoges. Pero también es por esta ruta por la que España hizo penetrar en Francia las obras de su genio» (Mâle, 1922: 301). Podemos pensar, pues, que, entre ambas regiones, las influencias de todo tipo fueron recíprocas; el Camino de Santiago no hizo más que facilitar e intensificar el flujo de estos intercambios franco-hispánicos.